

H. D. Duran
AMD, 37, 14, 15

1

S A L A D E L E C T U R A

CINCO HORAS CON MARIO
Miguel Delibes

Asistimos a una forma inédita de tamización psicológica. A través del largo monólogo de una mujer de escasos recursos intelectuales, se filtran pinceladas que definen rasgos del carácter y personalidad de su difunto marido. Esas pinceladas, sin expresión conexas aparente, recogidas por el lector y ordenadas en un plano analítico, forman un mosaico sorprendente. Vemos cómo es Mario, cuáles son sus sentimientos, sus deseos, sus apetitos. Incluso sentimos, en medio de una nebulosa imprecisa, la misma amarga incertidumbre que él acusa al mirar hacia su quimérico objetivo.

Mario puede ser un factor positivo en uno de los muchos movimientos pioneros aislados que preconizaron la reforma político-social de nuestro país. Pero en el seno de su familia choca con la posición negativa de su esposa y sobre todo - a pesar de la distancia geográfica - con la de su suegro, influyente personalidad y adicto al antiguo régimen. Su drama, a nivel familiar, su no hallar respuesta animante entre los suyos, representa un contrapunto del mismo drama que a nivel nacional tiene lugar en nuestro país durante aquellos años. Es el esfuerzo - feliz en casos aislados, estéril en los más - de las ideas renovadoras que no pueden dar fruto ni demostrar su realidad vibrante mientras no desaparezcan, por completo, las normas establecidas, sean buenas o no, y que permanecen aferradas al viejo camastro de la costumbre con soñolienta e imperturbable pereza, alimentada por el eterno monstruo de los intereses creados. Sólo es posible lograr un resultado si el viejo inmovilismo, debidamente mentalizado, puede atisbar la posibilidad, no sólo de subsistir, sino tam

MD

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

CINCO HORAS CON MARIO
Miguel Delibes

Asistimos a una forma inédita de tamización psicológica. A través del largo monólogo de una mujer de escasos recursos intelectuales, se filtran pinceladas que definen rasgos del carácter y personalidad de su difunto marido. Estas pinceladas, sin expresión conexa aparente, recogidas por el lector y ordenadas en un plano analítico, forman un mosaico sorprendente. Vemos cómo es Mario, cuáles son sus sentimientos, sus deseos, sus apetitos. Incluso sentimos, en medio de una nebulosa imprecisa, la misma amarga incertidumbre que él acusa al mirar hacia su cuádruplo objetivo.

Mario puede ser un factor positivo en uno de los muchos movimientos pioneros aislados que preconizaron la reforma política-social de nuestro país. Pero en el seno de su familia choca con la posición negativa de su esposa y sobre todo - a pesar de la distancia geográfica - con la de su suegro, influyente personalidad y adicto al antiguo régimen. Su drama, a nivel familiar, su no hallar respuesta animante entre los suyos, representa un contrapunto del mismo drama que a nivel nacional tiene lugar en nuestro país durante aquellos años.

Es el esfuerzo - feliz en casos aislados, estéril en los más - de las ideas renovadoras que no pueden dar fruto ni de mostrar su realidad vibrante mientras no desahozcan, por completo, las normas establecidas, sean éstas o no, y que permanecen apegadas al viejo castro de la costumbre con soñolienta e imperceptible pereza, alimentada por el eterno monoteísmo de los intereses creados. Sólo es posible lograr un resultado si el viejo inmovilismo, debidamente mentalizado, puede atajar la posibilidad, no sólo de subsistir, sino tam-

bién de participar, crecer y seguir figurando activamente dentro del nuevo marco progresista.

Pero Mario no sabe crear ni esgrimir estas tan necesarias retóricas para que sus semejantes despierten del marasmo en el que se hallan inmersos. Tan sólo cultiva tímidamente la relación con otros cuatro exaltados, soñadores como él, que se limitan a mediocres proclamas en un periódico local, que pocos leen o entienden, y que sólo suscitan, desde la capital, el simple comentario del suegro: "Lo social es el recurso de los que no saben escribir". Esa es toda la trascendencia de su grito. Mario se ve a sí mismo como un ente receptor de sensaciones adversas que actúan sobre su centro - su plexo, como él mismo reconoce - y lo lesionan al no saber dar una respuesta activa, enérgica y convincente, que triunfe sobre esas sensaciones y anule su deprimente influencia hipocondríaca. Este sentimiento de su propia debilidad, le hace no confiar en la ayuda del diálogo. Ya ni lo inicia. No quiere admitir la necesidad de estos refinamientos políticos, de este recurso propio de los buenos diplomáticos, seguros de sí mismos, maestros de la demagogia, capaces de ligar, con un discurso, un brindis y una sonrisa, los más colosales montajes sociales a gusto de todos. Mario, como la mayoría de idealistas integrales, se sitúa en una sola posición anárquica: dar una patada al escenario y crear otro, que sólo existe en su imaginación, y que ha de ser sencillo, diáfano y definitivo para la felicidad humana. Es un soñador resentido, dañado por el reconocimiento de su propia impotencia, que se manifiesta en vértigos, en terrores nocturnos, propios de una enfermiza regresión hacia la infancia; en una absoluta insensibilidad ante cuanto le rodea y que no tiene relación directa con el problema que le obsesiona. Por eso no acusa reacción alguna ante las constantes atenciones de su solícita esposa. Los refinamientos culinarios no hallan eco ni en su paladar ni en su psique. Ni tampoco llaman su

MD

bien de participar, crecer y seguir figurando activamente dentro del nuevo marco progresista.

Pero Mario no sabe crear ni expresar estas tan necesarias retóricas para que sus semejantes despierten del marasmo en el que se hallan inmersos. Tan sólo cultivativa tímidamente la relación con otros cuatro exaltados, soñadores como él, que se limitan a medicosos proclamas en un periódico local, que pocos leen o entienden, y que sólo suscitaban, desde la capital, el simple comentario del suegro:

"Lo social es el recurso de los que no saben escribir".

Es así como se ve la trascendencia de su grito. Mario se ve a sí mismo como un ente receptor de sensaciones adversas que agitan sobre su centro - su pecho, como él mismo reconoce - y lo lesionan al no saber dar una respuesta activa, enérgica y convincente, que triunfe sobre esas sensaciones y angustias su deprimente influencia hipocóndrica. Este sentimiento de su propia debilidad, le hace no confiar en la ayuda del diácono. Ya ni lo inicia. No quiere admitir la necesidad de estos refinamientos políticos, de este recurso propio de los buenos diplomáticos, seguros de sí mismos, maestros de la demagogia, capaces de ligar, con un discurso, un brindis y una sonrisa, los más colosales montajes sociales a gusto de todos. Mario, como la mayoría de idealistas intelectuales, se sitúa en una sola posición antinómica: dar o no patada al escenario y crear otro, que sólo existe en su imaginación, y que ha de ser sencillo, directo y definitivo para la felicidad humana. Es un soñador resentido, dañado por el reconocimiento de su propia impotencia, que se manifiesta en vértigos, en terrores nocturnos, proclamas de una enfermiza regresión hacia la infancia; en una absoluta insensibilidad ante cuanto le rodea y que no tiene relación directa con el problema que le obsesiona. Por eso no acusa reacción alguna ante las constantes atenciones de su solícita esposa. Los refinamientos culinarios no hallan su eco ni en su palabra ni en su paisaje. Ni tampoco llaman su

atención esos otros problemas - pequeños, en un idealista, pero grandes, en una familia - como son piso, coche, estudios de los hijos y demás, que para Carmen son primordiales y para Mario simples menudencias domésticas, de las que se puede prescindir.

La agudeza de espíritu de Mario queda bien a la vista del lector a través del monólogo de Carmen. Y también sus limitaciones, que no por ser muchas quitan grandeza a su intención principal. Pero esas limitaciones podrían ser menos - tal vez ninguna - si Carmen hubiera en algún momento de su vida intentado comprender a su marido. Detrás de todo gran hombre hay siempre una gran mujer. Detrás de Mario no hay esa mujer que sepa o que al menos quiera animarle a limar las asperezas del camino que él ha de seguir. Dice, con razón, el comentarista en la cubierta del libro: "¿Ha conocido Carmen alguna vez a Mario? Escuchemos el irritante discurrir de la pequeña y estrecha mentalidad de la esposa". Carmen tiene tan sólo un momento de reflexión, antes de casarse: "este chico me necesita". Y esta reflexión, más instintiva que razonada, simple augurio de facultad maternal, la decide a unir su vida a la de un hombre al que jamás comprenderá. Más tarde se convertirá en la clásica clueca, siempre detrás de sus polluelos, pero nunca hará nada para sentir la satisfacción de haber empujado a aquel hombre a volcar sobre el mundo la grandeza que lleva dentro de sí. Son dos mundos distintos, opuestos; alimentados por energías imposibles de compensarse entre sí.

Esta es, pues, la impresión que la obra causa en el lector, convencido al fin de que Mario es un elemento positivo, malogrado por las circunstancias, y que su esposa representa a su lado un papel totalmente negativo.

Una segunda lectura - y una tercera, si es necesario - logra que el lector asimile mejor los matices y se familiarice más con sus personajes. Estos, ahora, se mueven dentro de él con mayor libertad; incluso podrían adoptar acti

MD

atención esos otros problemas - pequeños - en un idealista,
 pero grandes, en una familia - como son piso, coche, estu-
 -dios de los hijos y demás, que para Carmen son primordiales
 las y para María simples menudencias domésticas, de las
 que se puede prescindir.

La agudeza de espíritu de María queda bien a la vista
 del lector a través del monólogo de Carmen. Y también sus
 limitaciones, que no por ser muchas quitan grandeza a su
 intención principal. Pero esas limitaciones podrían ser me-
 nos - tal vez ninguna - si Carmen hubiera en algún momento
 de su vida intentado comprender a su marido. Detrás de to-
 do gran hombre hay siempre una gran mujer. Detrás de María
 no hay esa mujer que sepa o que al menos quiera animarse a
 mirar las asperezas del camino que él ha de seguir. Dice,
 con razón, el comentarista en la cubierta del libro: "¿Ha
 conocido Carmen alguna vez a María? Escuchemos el irri-
 ta discutir de la pequeña y estrecha mentalidad de la es-
 -posa". Carmen tiene tan sólo un momento de reflexión, an-
 tes de casarse: "este chico me necesita". Y esta reflexión,
 más instintiva que razonada, simple augurio de facultad ma-
 terna, la decide a unir su vida a la de un hombre al que
 jamás comprenderá. Más tarde se convertirá en la clásica
 cieca, siempre detrás de sus polvuelos, pero nunca hará
 nada para sentir la satisfacción de haber empujado a aquel
 hombre a volcar sobre el mundo la grandeza que lleva den-
 tro de sí. Son dos mundos distintos, opuestos; alimentados
 por energías imposibles de compensarse entre sí.

Ésta es, pues, la impresión que la obra causa en el
 lector, convencido al fin de que María es un elemento posi-
 tivo, malogrado por las circunstancias, y que su escasa re-
 presenta a su lado un papel totalmente negativo.

Una segunda lectura - y una tercera, si es necesario -
 logra que el lector asimile mejor los matices y se familiarice
 más con sus personajes. Éstos, ahora, se mueven den-
 tro de él con mayor libertad; incluso podrían adoptar acti-

tudes inéditas, complementarias; como si fueran seres vivos a los que conocemos, lo que no haría variar el perfil con el que han sido creados. Es a partir de este momento cuando podemos juzgarlos mejor y emitir nuevas opiniones. Porque Mario no es tan positivo como parece, ni Carmen tan negativa.

Mario cae en la misma red en que pretendemos envolver a su esposa. Mario tampoco ha hecho ningún esfuerzo para comprenderla a ella, para valorar sus condiciones, para saber que no debía alimentarla con materias que jamás asimilará, no por falta de cultura o de preparación, sino porque sus procesos bioquímicos irán siempre por otros derroteros por una razón puramente hormonal. Pero estos otros derroteros de Carmen, ¿son acaso negativos? La esposa de Mario, mujer de corte clásico, muy española, está llena de ilusiones, rodeada de diabólicas tentaciones que la acechan por todas partes. Pero su respuesta a estas ilusiones amargamente rotas y a estas tentaciones al parecer irresistibles, es una entrega total y absoluta a su hogar, a sus hijos, a sus problemas cotidianos, a su marido a quien no comprende pero a quien ama porque de no ser así ya habría elegido, cual otras muchas mujeres de su éposa y de su condición, bien una posición dominante y enérgica, aplastando definitivamente la personalidad de su esposo, o bien la separación matrimonial, cómodo recurso de quien esgrime sus derechos por encima de sus obligaciones. Carmen no esgrime sus derechos, se limita a balbucearlos - piso, coche - como una triste cantilena, pero el cumplimiento de sus obligaciones no es un simple balbuceo, sino que aparece como una evidencia indiscutible. Y esta condición debe reconocerse como altamente positiva. No subestimemos la innegable grandeza de las almas sencillas. Si a despecho de estas circunstancias, Mario no quiere aceptarla tal cual es, no debió unirse a ella. No debe, pues, quejarse.

Tal vez el principal error de Mario es este. No debió

tudes inéditas, complementarias; como si fueran seres vi-
 vos a los que conocemos, lo que no haría variar el perfil
 con el que han sido creados. Es a partir de este momento
 cuando podemos juzgarlos mejor y emitir nuevas opiniones.
 Porque Mario no es tan positivo como parece, ni Carmen tan
 negativa.
 Mario cae en la misma red en que pretendemos envolver
 a su esposa. Mario tampoco ha hecho ningún esfuerzo para
 comprenderla a ella, para valorar sus condiciones, para sa-
 ber que no debía alimentarla con materias que jamás asimila-
 ría, no por falta de cultura o de preparación, sino por-
 que sus procesos bioquímicos irán siempre por otros deter-
 minados por una razón puramente hormonal. Pero estos otros
 determinantes de Carmen, ¿son acaso negativos? La esposa de
 Mario, mujer de corte clásico, muy española, está llena de
 ilusiones, robada de diabólicas tentaciones que la saca-
 ran por todas partes. Pero su respuesta a estas ilusiones
 es simplemente rotas y a estas tentaciones al parecer irresis-
 tibles, es una entrega total y absoluta a su hogar, a sus
 hijos, a sus problemas cotidianos, a su marido a quien no
 comprende pero a quien ama porque de no ser así ya habría
 elegido, cual otras muchas mujeres de su época y de su con-
 dición, bien una posición dominante y enérgica, apartando
 definitivamente la personalidad de su esposo, o bien la se-
 paración matrimonial, como recurso de quien exprime sus
 derechos por encima de sus obligaciones. Carmen no exprime
 sus derechos, se limita a balbuceos - piso, coche - co-
 mo una triste cantilena, pero el cumplimiento de sus obli-
 gaciones no es un simple balbuceo, sino que aparece como un
 na evidencia indiscutible. Y esta condición debe reconocerse
 se como altamente positiva. No subestimemos la innegable
 grandeza de las almas sencillas. Si a despecho de estas
 circunstancias, Mario no quiere aceptarlas tal cual es, no
 debió unirse a ella. No debe, pues, quejarse.
 La vez el principal error de Mario es este. No debió

casarse nunca. Ni con Carmen ni con ninguna otra mujer. Los signos externos de su psique lo señalan como hombre hecho para un sacerdocio. Y este género de hombres no debe atarse a obligación normalizada alguna que pueda entorpecer la misión que lleva en las venas. Nadie le ayudó a recordar e interpretar la frase "Dejad que los muertos entie- rren a sus muertos". Y no advertir por sí mismo esta cir- cunstancia, también forma parte de los elementos de que se compone ese hombre débil de carácter que es Mario.

Porque estos seres son frágiles, sin consistencia; se desmoronan con facilidad ante la fácil respuesta de un an- tagonista consciente de que no necesita esforzarse para desplomar al advenedizo: "Lo social es el recurso de los que no saben escribir". Es suficiente. Mario ve diluirse en humo su imaginaria fortaleza ante tan simple respuesta.

Pero entonces, un hombre capaz de mantener una idea equilibrada de la justicia y de la moral social ¿ha de fun- dirse en el olvido por el hecho de no saber dominar la si- tuación? De ninguna manera. Existen recursos más que sufi- cientes para que un hombre inteligente como es Mario triun- fe a despecho de las limitaciones que le impone su debili- dad. Precisamente los inteligentes conocen mejor que otros sus propias limitaciones y saben compensarlas buscando y a doptando ayudas exteriores. "Quien a buen árbol se arrima buena sombra le cobija". Está lleno el refranero español de recursos filosófico-populares. Mario ~~de~~^{no} debió iniciar sus descabelladas reuniones de taberna. Mario debió alabar el arte culinario de Carmen, agradecer mejor a su suegro la Memoria Pedagógica que fue decisiva para sus oposicio- nes, comprar el seiscientos, aceptar el lechón, buscar la recomendación para el piso, ascender en su escala social, olvidar un tanto - o un todo - su aparatosa inflexibilidad y situarse en un nivel desde donde fuera más fácil influir en las altas esferas. Transmutarse de peón en álfil o en torre para participar con mayor autonomía en esa partida

casarse nunca. Ni con Carmen ni con ninguna otra mujer. Los signos externos de su paque lo señalan como hombre hecho para un sacerdocio. Y este género de hombre no debe darse a obligación normalizada alguna que pueda entorpecer la misión que lleva en las venas. Nadie le ayudó a recorrer a interpretar la frase "Dejad que los muertos entierren a sus muertos". Y no advertir por el mismo esta circunstancia, también forma parte de los elementos de que se compone ese hombre débil de carácter que es Mario. Porque estos seres son frágiles, sin consistencia; se desmoronan con facilidad ante la fácil respuesta de un antagonista consciente de que no necesita esfuerzos para deslomar el advenedizo: "Lo social es el recurso de los que no saben escribir". Es suficiente. Mario ve diluirse en humo su imaginaria fortaleza ante tan simple respuesta. Pero entonces, un hombre capaz de mantener una idea equilibrada de la justicia y de la moral social y de fundirse en el olvido por el hecho de no saber dominar la suficiencia? De ninguna manera. Existen recursos más que suficientes para que un hombre inteligente como es Mario triunfe a despecho de las limitaciones que le impone su debilidad. Precisamente los inteligentes conocen mejor que otros sus propias limitaciones y saben compensarlas buscando y adoptando ayudas exteriores. "Quien a buen árbol se arrima buena sombra le cobija". Está lleno el refranero español de recursos filosófico-populares. Mario se debió interesar sus descebelladas reuniones de taberna. Mario debió alabar el arte culinario de Carmen, agradecer mejor a su suegro la Memoria Pedagógica que fue decisiva para sus oposiciones, comprar el seiscientos, aceptar el hecho, buscar la recomendación para el piso, ascender en su escala social, olvidar un tanto - o un todo - su estatosa inflexibilidad y situarse en un nivel desde donde fuera más fácil influir en las altas esferas. Transmutarse de débil en ágil o en forte para participar con mayor autonomía en sus partidas

de ajedrez social que le quita el sueño. Adquirir fama y reputación para estar más cerca del bastón de mando y arrebatarlo - o recibirlo con una sonrisa - en el momento preciso, como han sabido hacerlo otros a través de la historia, conscientes de que el fin justifica los medios. Y a partir de entonces iniciar con garantías de éxito el proceso de renovación que considera ideal y necesario para su pueblo. Pero es inútil proseguir. Mario no es ese hombre en el que intentamos convertirlo ahora. Mario lleva en sí otro mensaje cuya esencia necesitamos captar con atención.

Mario es - lo hemos visto - un ser débil dentro de su grandeza. No confundamos los términos grandeza y fuerza. Un ser grande, pero débil, puede ser fácilmente vencido por una influencia mezquina, pero fuerte. Y esa poderosa mezquindad interesada que rodea a un ser débil, hace abortar su desarrollo, le obliga a perder la fe en una grandeza que ya no le parece tal. Le alimenta de temores, incertidumbres, resentimientos, frustraciones y toda clase de traumas. Si de golpe damos libertad de acción a este ser maltratado, avanzará con sigilo, con desconfianza, con los mismos resabios del perro apaleado que huye de su amo y que al someterse a otro no confía del todo en él. Si Mario, a consecuencia de un cambio de estructuras, surge de su forzado enclaustramiento y percibe la posibilidad de realizarse, ya no lo hará con la entereza y la noble intención que caracterizaron sus años mozos. Ante el temor de que vuelva a caer sobre él un castigo o un simple sarcasmo, se armará de picardía y de exagerada suspicacia; actuará en muchos casos con retorcidas intenciones para lograr sus fines, porque verá el mundo como algo pérfido en lo que no se debe confiar. Y como el can resabiado, morderá de improviso a quien se le acerque con la sana intención de acariciarle. No creerá en nadie y estará en guardia contra todos, dispuesto a hacer daño si lo cree necesario. Se habrá convertido en un ser peligroso.

MD

de ajetrez social que le quite el sueño. Adquirir fama y reputación para estar más cerca del bastón de mando y estar batario - o recibirlo con una sonrisa - en el momento preciso, como han sabido hacerlo otros a través de la historia, conscientes de que el fin justifica los medios. Y a partir de entonces iniciar con garantías de éxito el proceso de renovación que considero ideal y necesario para su pueblo. Pero es inútil proseguir. Mario no es ese hombre en el que intentamos convertirlo ahora. Mario lleva en sí otro mensaje cuya esencia necesitamos captar con atención. Mario es - lo hemos visto - un ser débil dentro de su grandeza. No confundamos los términos grandeza y fuerza. Un ser grande, pero débil, puede ser fácilmente vencido por una influencia mediana, pero fuerte. Y esa poderosa mezquindad interesada que rodea a un ser débil, hace abortar su desarrollo, le obliga a perder la fe en una grandeza que ya no le parece tal. Le alimenta de temores, incertidumbres, resentimientos, frustraciones y toda clase de traumas. Si de golpe damos libertad de acción a este ser maltratado, avanzará con sigilo, con desconfianza, con los mismos resacaos del perro asustado que huye de su amo y que al someterse a otro no confía del todo en él. Si Mario, a consecuencia de un cambio de estructuras, surge de su forzado enclausamiento y percibe la posibilidad de realizarse, ya no lo hará con la entereza y la noble intención que caracterizaron sus años mozos. Ante el temor de que vuelva a caer sobre él un castigo o un simple sarcasmo, se armará de picardía y de exagerada suspicacia; actuará en muchos casos con retorcidas intenciones para lograr sus fines, porque verá el mundo como algo pérfido en lo que no se debe confiar. Y como el can resabiado, mordará de imprevisto a quien se le acerque con la sana intención de acariciarlo. No creará en nadie y estará en guardia contra todo, dispuesto a hacer daño si lo cree necesario. Se habrá convertido en un ser peligroso.

Hay en el mundo legiones de Marios como el que nos presenta Miguel Delibes. Cuando en un país sobreviene la ruptura, todos estos seres surgen del anonimato y se lanzan a participar activamente de una forma u otra en la vida política, con todas sus buenas intenciones y con todas sus innegables virtudes; pero también con todas las secuelas negativas que dejamos mentadas, nacidas de sus pasados rencores. El hombre de la calle ignora los dramas íntimos de estos pequeños líderes; sólo sabe del superficial entusiasmo que los adorna, y en consecuencia emite su voto favorable. ¿Qué ocurre entonces? Repasemos la Historia Universal y hallaremos centenares de respuestas concretas. Preguntémonos qué sucedería de confiar a un ser resentido como Mario la intervención en el gobierno de nuestro futuro.

¿No nos advierte, pues, la lectura de esta obra, con intención premeditada o sin ella, la existencia del peligro de confiar en estos líderes traumatizados? Es mejor - parece decirnos entre líneas - esperar el advenimiento de un líder grande y a la vez joven y fuerte, que a sus facultades y nobles intenciones una el estar preparado moralmente para superar los efectos de esas inevitables presiones mezquinas, lógicas alrededor de todo innovador. Que, por lo tanto, sienta el deseo de construir y no el de vengarse. Que no nos incite a enfrentarnos unos contra otros, revolviendo una vez más el desgastado tópico de los buenos y los malos, sino que nos anime a comprender y justificar nuestras naturales diferencias, hijas legítimas de la naturaleza, ideas y nobles ambiciones de cada cual. ¿No será este el perfil ideal del hombre que muchos pueblos esperan para restablecer la paz y la serenidad que merecen?

MD

FRANCISCO JAVIER PINILLA
Enero 1980.

FUNDACIÓN
MIGUEL
DELIBES

Hay en el mundo legiones de Marías como el que nos
 presenta Miguel Delibes. Cuando en un país sobreviene la
 trágica, todos estos seres surgen del anonimato y se lan-
 zan a participar activamente de una forma u otra en la vida
 política, con todas sus buenas intenciones y con todas
 sus innegables virtudes; pero también con todas las secun-
 darias negativas que dejamos mentadas, nacidas de sus pas-
 dos trágicos. El hombre de la calle ignora los dramas in-
 timos de estos pequeños líderes; sólo sabe del superfi-
 cial entusiasmo que los adorna, y en consecuencia emite
 su voto favorable. ¿Qué ocurre entonces? Rebasamos la his-
 toria Universal y hallaremos centenares de respuestas con-
 cretas. Preguntémosnos qué sucederá de confiar a un ser
 resuelto como María la intervención en el gobierno de
 nuestro futuro.

¿No nos advierte, pues, la lectura de esta obra, con
 intención premeditada o sin ella, la existencia del deli-
 cio de confiar en estos líderes trágicos? La mejor
 - parece decirnos entre líneas - esperar el advenimiento
 de un líder grande y a la vez joven y fuerte, que a sus
 facultades y nobles intenciones una el estar precedido mo-
 talmente para superar los efectos de esas inevitables pre-
 siones mecánicas, lógicas alrededor de todo innovador.
 Que, por lo tanto, sienta el deseo de construir y no el
 de vengarse. Que no nos incite a enfrentarnos unos contra
 otros, reviviendo una vez más el desgastado tópico de
 los buenos y los malos, sino que nos anime a comprender y
 justificar nuestras naturales diferencias, hijas legíti-
 mas de la naturaleza, ideas y nobles ambiciones de cada
 cual. ¿No será este el perfil ideal del hombre que muchos
 pueblos esperan para restablecer la paz y la serenidad
 que merecen?

FRANCISCO JAVIER PINILLA
 Enero 1980.

